María Teresa Álvarez

Mis otoños en Roma

la esfera de los libros

ÍNDICE

Roma 13

1. **En la intimidad de Roma** 17
2. **Foros imperiales**
Rosas en el jardín de las Vestales 23
3. **Teatro de Marcelo**
La memoria afectiva de un emperador 29
4. **Panteón**
La casa de todos los dioses 36
5. **El Ara Pacis**
Retrato de familia para la posteridad 44
6. **Columna y mercado de Trajano**
El primer centro comercial de la historia 52
7. **San Pietro in Vincoli**
La fuerza de una escultura 60
8. **Santa Maria in Aracoeli**
El altar del cielo 68
9. **Santa Cecilia in Trastevere**
Dulcemente dormida 76

10. **Santa Maria dell'Anima**
La iglesia de los Habsburgo en Roma 83
11. **La capilla Paulina**
En el palacio Apostólico 91
12. **Santa María de Montserrat**
La iglesia nacional de España en Roma 98
13. **Il Gesù**
La iglesia de la Contrarreforma 107
14. **Sant'Ivo alla Sapienza**
Un suspiro hacia el cielo 115
15. **Iglesia y convento de Trinità dei Monti**
La ilusión reina intramuros 123
16. **Las sibilas de Rafael**
En Santa Maria della Pace 131
17. **Palazzo Riario**
La residencia romana de la reina Cristina de Suecia .. 138
18. **Palazzo Farnese**
Un tesoro escondido 146
19. **El trampantojo de Borromini**
Impactante ilusión visual 154
20. **Palazzo Madama**
La casa romana de Margarita de Parma 162
21. **Palazzo Barberini**
Historia de dos escalinatas 169
22. **La villa Farnesina**
Refugio de amor 178
23. **Galleria Sciarra**
Burbuja diletante 187
24. **Campo de' Fiori**
Un fantasma en el mercado 194

25. **Museo Doria-Pamphili**
Inocencio X protagonista 200
26. **Piazza di Sant'Eustachio**
El mejor café de Roma 206
27. **Piazza di Spagna**
La plaza que florece en primavera 212
28. **Piazza del Popolo**
Espectacular umbral de Roma 218
29. **Fontanas dell'Acqua Paola y Trevi**
Eternas como su ciudad 226
30. **La fuente de las Tortugas**
Belleza en movimiento 232
31. **El Tíber y algunos de sus puentes**
Aire de siglos los envuelve 239
32. **El Aventino**
La colina de la historia y del mágico misterio 245
33. **El Gianicolo**
Mirador de Roma 251
34. **Estatuas parlantes**
Portavoces de los «indignados» de antes 256
35. **Bernini, escultor de lo inefable**
Los éxtasis de Santa Teresa
y de la beata Ludovica Albertoni 264
36. **Mujeres enterradas en San Pedro del Vaticano**
Ni santas ni monjas 272
37. **Cimitero dei poeti**
A la sombra de una pirámide 279
38. **Antico Caffè Greco**
La evanescencia del arte 286

39. Los helados
Una de las pasiones romanas 293
40. Il quartiere Coppedè
Fantasía ilustrada 299

Epílogo 307
Agradecimientos 309

ROMA

La primera vez que llegué a Roma era de noche. Tenía veintiún años. Era mi primera salida al extranjero. Viajaba en autobús y en un primer momento no pude ver nada de la ciudad, porque nos llevaron directamente al lugar donde nos alojábamos en via di Torre Rossa. Recuerdo que el cansancio después de muchas horas de viaje me impulsaba a correr hacia mi habitación, pero unos pinos en el jardín, los más esbeltos que había visto en mi vida, me obligaron a detenerme. Fue un momento mágico. En el ambiente flotaba un algo especial, un olor como a leña quemada y una sensación de paz que de buena gana me hubiese quedado allí mucho rato de no ser porque una amiga me obligó a acompañarla al interior del colegio.

Fueron unos días inolvidables. Roma era mucho más de lo que me había imaginado. Pero sobre todo lo maravilloso era cómo me sentía recorriendo sus calles, extasiándome ante sus monumentos, admirando sus obras de arte, dejándome acunar por el discurrir de sus cantarinas y evocadoras fuentes. Pronto me percaté de que algo que flotaba en la ciudad me infundía energía. No solo me insuflaba fuerza, también me ayudaba a conocerme me-

jor. Llevaba dos años con mis estudios paralizados ya que no sabía qué elegir. Todos me aconsejaban Derecho o Magisterio, pero no me convencían. En Roma lo vi clarísimo. Lo que a mí me gustaba era comunicar, divulgar, informar: el periodismo me esperaba.

No sé quién lo decía, ni si lo decía alguien, pero a Roma hay que verla, aunque solo sea una vez en la vida, para poder recordarla.

Me fui de Roma con gran pena. Su embrujo me había seducido. Sabía que nunca dejaría de soñarla. Solo me consolaba el pensar que volvería. Afortunadamente lo he podido hacer muchas veces.

Os confieso que en las siguientes visitas a Roma me sentía nerviosa ante el miedo a que me defraudara; era tan hermoso mi recuerdo… Sin embargo, en cada nueva estancia, me he sentido más ligada a la ciudad, atrapada por lazos invisibles, con la sensación de que Roma también se entregaba a mí, formando parte de mi vida. He hecho mía la frase de Pierre Corneille, cuando decía: «Roma no está en Roma; está toda entera donde yo estoy».

Pasaron los años y mi amor por Roma permanece inalterable. En un momento determinado (hacía dos años que me había jubilado) pensé en repetir aquel, para mí, «viaje iniciático» en el que vislumbré mi futuro profesional. Quería hacer el mismo itinerario —Carcasona, Avignon, Cannes, Niza, Montecarlo, Génova, San Remo, Carrara, Pisa—, lo cual me llevaba a realizar el viaje en autobús. Me parecía una locura, pero la idea no se iba de mi mente. Al final me decidí. Fleté un autocar y con veintiséis personas que se animaron a acompañarme salimos para Roma. Algunas no conocían la ciudad y tuve el inmenso placer de hacer de cicerone.

Resultó un hermoso e interesante viaje y, aunque Roma no me descubrió una nueva profesión a la que dedicarme, sí me hizo

muy feliz al poder disfrutar de ella compartiéndola con el grupo de amigos que me acompañaba.

Roma no despertó en mí deseos de convertirme en guía turística, lo que sí hizo fue reforzarme en algo que ya sabía: la importancia y lo gratificante que resulta hacer la vida agradable a quienes nos rodean y compartir vivencias con ellos. Desde entonces organizo de vez en cuando algunos viajes con amigos en los que nos lo pasamos divinamente.

Es verdad que, en esta ocasión, Roma no me orientó hacia una nueva ocupación, pero si insufló en mi espíritu un anhelo: iniciar el otoño a su lado. Y así lo hago desde entonces. Y así lo haré mientras Dios quiera. Fruto de mi *ottobrata romana* surgieron unos artículos que *La Nueva España* me publica con tanto cariño y que ahora La Esfera de los Libros ha decidido recopilar en un libro.

En ellos he querido reflejar el placer estético que me embarga cuando contemplo esta ciudad única, a la vez que es una forma de agradecerle todo el bien que me ha hecho. Porque desde el primer día, Roma ha estimulado mi imaginación, lo que ha contribuido a que las ilusiones sean una constante en mi vida. Me ha invitado a soñar, soñando ella conmigo.

Roma es fuente inagotable de belleza. En cualquier rincón, en cualquier esquina se descubre algo nuevo. Es tal el espectáculo que ofrece que es imposible captarlo todo. Además, la luz, que siempre obra prodigios, en el otoño romano hace milagros.

Nunca me cansaré de hablar de la belleza de Roma donde lo más sencillo puede llegar a convertirse en sublime. En Roma lo grandioso y lo humilde se dan la mano y conviven en perfecta armonía.

Me gusta deambular por la ciudad, perderme por sus inconfundibles callejuelas, sentarme en alguna de las recónditas plazas en las que, cuando se encuentran en soledad, se pueden

percibir las innumerables emociones que en ellas se han quedado prendidas para siempre. Envuelta en su silencio he tomado, como la primera vez, algunas de las decisiones más importantes de mi vida.

Mirándola y sintiéndola, lo efímero, lo fugaz, lo pasajero… carece de sentido. Roma es una puerta abierta a la trascendencia.



Basílica de San Pedro.

1
EN LA INTIMIDAD DE ROMA

Caput Mundi! ¡Diosa de imperecedera majestuosidad! ¡Ciudad Eterna! Ciudad que se sobrevive a sí misma para que podamos seguir gozando de ella.

Trevi, Navona, foros imperiales, Vaticano, catacumbas, Coliseo, Panteón, Trinità dei Monti, Campo de' Fiori, Trastévere… Bernini, Miguel Ángel, Borromini, Bramante, Della Porta, Sangallo, Vignola, Maderno, Grimaldi…

Todos forman parte de ella, pero Roma es mucho más. Roma guarda para sí, en su interior, esos lugares atemporales. Esos rincones recónditos, que muchos desconocemos y que forman parte también de su fisonomía, de su esencia más íntima.

En este otoño atípico es como si Roma se volviera más cercana y seductora para los corazones que, desde el primer día, prendados se han quedado de su embrujo.

Roma atrapa con lazos invisibles y sabe que nunca dejáremos de soñarla, pero al mismo tiempo se entrega al visitante, lo envuelve en su misteriosa atmósfera poblada de sutiles voces arcanas, de nanas arrulladas por sus cantarinas fontanas, desea formar parte de su vida.

Y es verdad, Roma sabe colarse en los corazones. ¿Cómo olvidar un *tramonto* romano desde los jardines del Pincio mirando a la piazza del Popolo? ¿Cómo olvidar el espectáculo que se ofrece en el puente Cavour cuando el cielo bermejo parece incendiar el Tíber? ¿Cómo no añorar los paseos por el Gianicolo en espera de contemplar la imagen de la luz del sol en sus cúpulas prendida?

«¡Oh, Roma, mi país, ciudad del alma!», exclamaba Lord Byron.

Roma, protagonista de innumerables frases en las que sus autores reflejan la impresión que ellos recibieron al recorrer sus calles y el influjo que en ellos ejerció.

Existe una reflexión del escritor danés Hans Christian Andersen que me viene perfecta para intentar dar forma a la sensación que trato de reflejar en estas líneas. El creador de *El patito feo* o *La sirenita*, aquellos inolvidables cuentos infantiles, escribía: «Roma es como un libro de fábulas, en cada página te encuentras con un prodigio».



El Tíber con el puente Cavour y el Vaticano al fondo.



Arco degli Acetari.

Esto es lo que a mí me sucede al pasearla en soledad, saboreando cada uno de sus rincones que, efectivamente, muchos de ellos pueden ser calificados de prodigio.

Una tarde, caminando por la via del Pellegrino en dirección a Campo de' Fiori, llamó mi atención un pasadizo verdaderamente cochambroso. Leí la placa de la parte superior que decía, Arco degli Acetari, y aunque el aspecto no invitaba —paredes desconchadas y sucias, papeles por el suelo—, quise curiosear. La sorpresa fue increíble. Tenía ante mí un lugar con un atractivo

único. Lo primero que llama la atención es el colorido de los dos o tres edificios que allí se levantan, mezclado con el verde de los distintos arbustos con los que forman un todo. Es tanta su integración, que alguno de los arbolillos parece nacer de la propia escalera.

Es verdad que flota en el aire una especie de abandono: macetas con muchas plantas en el suelo, bicicletas esperando que alguien las ocupe, tablas que parecen olvidadas… Pero es un rincón precioso, mecido en la niebla del tiempo. Un rincón que bien podría ser el escenario de una historia contada por el escritor danés Andersen. Un cuento que tuviera como protagonista a una niña, la hija de uno de los vinagreros que aquí trabajaban.

Porque esta, como la placa indica, era la zona en la que vivían y trabajaban los vinagreros, gente humilde… Desconozco el nivel económico de las personas que ahora viven aquí, pero les gusta la naturaleza, y esta no distingue de nivel económico y florece en todas partes. Eso sí, es necesario cuidarla. La naturaleza está tan necesitada de afecto como nosotros.

Quienes viven en el Arco degli Acetari la quieren. Es una certeza que salta a la vista. Aman a las plantas y a los árboles y además saben valorar la belleza y tienen buen gusto, pues han convertido este humilde rincón en una pincelada de hermosura candorosa, como si siempre hubiera estado así.

Es posible que al estilista italiano Gianfranco Ferré no le faltara razón cuando aseguraba: «Roma posee la elegancia de la humanidad y de la historia».

Sí, en este rincón romano se representa el encanto de lo humilde, de lo pequeño, esa belleza que posiblemente es más auténtica, que brota de la delicadeza de los sentimientos.

Como las hojas del magnolio de la piazza della Pilotta que se enmarcan sobre el evocador pasadizo elevado de fondo, que une

los vetustos edificios en los que se atesora el saber de muchas generaciones.

«Elegancia de la humanidad y de la historia»…

Sin duda, espíritu elegante tenían las personas que en el siglo XVII mandaron construir la fuente de via Giulia, una calle importante de Roma, en otro tiempo repleta de anticuarios. Es una fuente mascarón, con un rostro de mármol por cuya boca brota el agua sin cesar.

Es un guiño al pasado, como la que se encuentra a la entrada del jardín de los Naranjos en el Aventino, que también cuenta con



Fuente en via Giulia.

un mascarón de mármol y que muchos dicen es la auténtica Bocca della Verità.

Goethe, que pasó una larga temporada en Italia, decía que: «Solo en Roma uno puede prepararse para comprender Roma».

Confieso que soy una de esas personas que desde el primer momento que pisaron esta ciudad se sintieron fascinadas por ella. El placer estético, el goce de los sentidos ante tanta belleza como la que ofrece Roma la convierten en única.

Es posible que en estas líneas me haya dejado llevar de mi amor por esta ciudad, que me hace sentir la trascendencia como algo palpable: Roma es un prodigio continuo. Por ello, hago mías las palabras del cardenal emérito de Génova, Giovanni Canestri, fallecido hace cinco años, cuando decía: «Los nacidos en Roma la aman, pero los que no nacieron allí y la han conocido, a veces, como en mi caso, la aman aún más».



Piazza della Pilotta.

2

FOROS IMPERIALES

Rosas en el jardín de las Vestales

El Forum romano —que se fue ampliando con los sucesivos foros de César, Augusto, Vespasiano, Nerva y Trajano, que conforman lo que hoy conocemos como foros imperiales— concita un atractivo especial, pero es de los lugares en Roma en los que me parece indispensable la compañía de un guía. He ido varias veces, pero son tantas las cosas que tienes que asimilar e imaginar, porque lo que queda son solo restos y a veces difíciles de recomponer mentalmente, que corres el riesgo de no captarlo en toda su magnitud. Lo cierto es que la autoguía de la que puedes disponer no está nada mal, aunque al final te acabas liando.

Me confieso adicta a los foros y de forma especial me atrae la casa de las vestales.

Algunas tardes, dos horas antes de que cierren, me acerco para sentarme en uno de los bancos de piedra en lo que se supone fue el jardín de la casa de estas mujeres vírgenes consagradas a Vesta, diosa del hogar y protectora de la ciudad, símbolo de la fidelidad, cuya llama siempre debería estar encendida y de ello eran responsables las vestales.



A esa hora, sobre las cinco de la tarde, la luz del otoño romano proporciona un halo de especial belleza al recinto. Envuelta en esa atmósfera, contemplo el ir y venir de los turistas, mientras miro las estatuas mutiladas de las vestales que, a modo de pasarela, siguen mostrándonos con orgullo su belleza condenada a ser encerrada en los muros que aquí se alzaban. A cambio adquirían poder, riquezas, prestigio y casi adoración. Fueron muy queridas y respetadas por algunos emperadores. Tiberio, por ejemplo, dejó en su testamento un legado para ellas. Se las consideraba tan especiales que, si una persona condenada a muerte, cuando la llevaban a ejecutar, se cruzaba con una vestal, la vida le era perdonada. Incluso en el Coliseo disponían de una puerta de entrada solo para ellas. También podían testar. Claro que si alguna de las vestales perdía su virginidad o daba pie con su comportamiento a que se sospechase de ella, era condenada a morir enterrada viva. La historia recoge que en los siglos en los que existió esta institución, creada por Numa, segundo rey de Roma, que reinó entre el 715 a.C.

y el 673 a.C., y disuelta por Teodosio el Grande en el 394 d.C., quien declaró la religión católica como la oficial del imperio, unas veinte vestales fueron castigadas. También se produjeron excepciones, como cuando el propio emperador se enamoraba de una de ellas; entonces, las normas se suavizaban. No fueron situaciones frecuentes, pero alguna ha trascendido en el tiempo, como fue el caso del emperador Heliogábalo, que se enamoró de la vestal Aquilia Severa y decidió convertirla en su esposa. Al poco tiempo la repudió y unos años más tarde se volvió a casar con ella. Sucedió en el 220 d.C.

Contemplo las tenues flores que crecen en la casa de las vestales… Las miro con cariño porque todavía conservo en mi memoria, desde hace más de cuarenta años —la primera vez que visité los foros—, las rosas de este jardín, las únicas que existen junto con una mata de azaleas precisamente a la entrada de la casa de las vestales, entre los restos milenarios de los foros imperiales.





Con el paso del tiempo, el recuerdo se fue embelleciendo. Por ello, cuando volví, temía desilusionarme, pero no fue así. Hoy, una vez más, me recreo en su contemplación. Y me parece hermoso porque late la vida entre tantas ruinas; las rosas siguen naciendo y muriendo…

En la casa de las vestales se respira una gran paz, una sensación de aislamiento… Solo la caricia de una brisa suave y cálida nos devuelve a la realidad… Mirando las caras de las dos únicas estatuas de vestales que la conservan, recuerdo lo que dicen del dios Zeus que se convirtió en pájaro para poder besar a Hera. Cuántos, de haber podido, se habrían convertido en pájaro o en aire para poder besar el bello rostro de alguna vestal.

Eran seis. Solo podían aspirar al cargo las niñas sin defecto físico, entre seis y nueve años. Tenían que ser hijas de padres libres y se elegía a las más guapas. Diez años de aprendizaje, diez en el cargo y diez enseñando. Después de treinta años al servicio de la

diosa Vesta y de la ciudad eran libres para irse y casarse si así lo deseaban. La mayoría se quedaban en el templo y seguían siendo célibes.

Esta casa en la que vivían era grande, y aunque una parte estuviera destinada al amplísimo servicio del que disponían, las habitaciones eran ochenta y cuatro. En la parte de atrás de la casa se levantaba el templo, de forma semicircular, cuyos restos aún se pueden admirar.

A la casa de las vestales se llega por la via Sacra, esa calzada con adoquines enormes que cruza el foro hasta el Coliseo. Desde el jardín de la casa se ven los restos del templo de Cástor y Pólux, del que quedan esas tres columnas maravillosas visibles desde cualquier ángulo de los foros. También el templo de Antonino y Faustina, que es el edificio mejor conservado, y los arcos de las naves de la que fue impresionante basílica de Majencio, donde se impartía justicia y se realizaban negocios. Es curioso cómo la estructura de este edificio fue copiada para las iglesias cristianas, una planta con tres naves. También el arco de Tito se divisa en la distancia…





Al final de mi estancia esta tarde en la casa de las vestales, la luz ha bajado su intensidad, invitando al silencio… Es como si las mutiladas estatuas de las sacerdotisas estuvieran deseando quedarse a solas con su historia. La verdad es que me gustaría preguntarles tantas cosas… Hace tiempo que intento documentarme sobre la identidad de la estatua de la que han borrado todos los datos del pedestal. En todas las demás figuran sus nombres y su buen hacer. A Claudia, que dicen así se llamaba, le ocultaron su identidad, aseguran, por haberse convertido al cristianismo. Sí así fue, seguro que ella se encontraría muy contenta, porque en las innumerables fotos que le hacen sale de fondo la torre románica de la iglesia de Santa Francesca Romana. Es posible que algún día consiga conocer cómo fue la vida de esta vestal… Sí, es posible, porque en Roma, la Ciudad Eterna, el pasado sigue vivo.